



UNIVERSIDAD BÍBLICA  
**LATINOAMERICANA**  
PENSAR • CREAR • ACTUAR

**BACHILLERATO EN CIENCIAS TEOLÓGICAS**

## **LECTURA SESIÓN 5**

# **CT 111 HISTORIA Y TEOLOGÍA DE LA SALVACIÓN**

Vouga, Francois. “La realidad de la existencia nueva”, “La elevación del Hijo, su regreso hacia el Padre y su pasión en el evangelio de Juan”. En *Una teología del Nuevo Testamento*, 95-108 y 268-274. Estella: Verbo Divino, 2002.

Reproducido con fines educativos únicamente, según el Decreto 37417-JP del 2008 con fecha del 1 de noviembre del 2012 y publicado en La Gaceta el 4 de febrero del 2013, en el que se agrega el Art 35-Bis a la Ley de Derechos de Autor y Derechos Conexos, No. 6683.

---

### *2.3. La realidad de la existencia nueva*

Para los autores del Nuevo Testamento, lo que constituye la realidad del acontecimiento fundador de la fe cristiana no es sólo el instante decisivo de un encuentro, sino también una reevaluación a largo plazo y una reestructuración de las relaciones que la persona mantiene con Dios, con la continuidad discontinua de su propia historia y con los individuos y la sociedad que le rodean. Por otra parte, en esto es en lo que consiste una tercera dimensión esencial de su singularidad: que lo inimaginable y la paradoja surgidas en la realidad de lo que «hay» implican una transformación, en el tiempo, de la comprensión que la existencia tiene de sí misma y de la realidad que constituye en torno a ella.

– La realidad del Evangelio se verifica en la actividad de la vida espiritual del individuo (Pierre-André Stucki), el cual, a partir del encuentro con el acontecimiento fundador, recibe y establece la coherencia de su historia personal.

– La realidad del Evangelio se verifica en la consistencia de los sistemas de convicciones capaces de comprender la singularidad de la encarnación y de la resurrección del Crucificado como interpretación y poder de transformación de lo real de la existencia humana y de su entorno.

– La realidad del Evangelio se verifica en el nacimiento de una subjetividad que significa la reconciliación de Dios con el mundo.

El don de la salvación da razón de la reorientación del sujeto a partir de su encuentro con la radical extrañeza del acontecimiento fundador (Juan) y las transformaciones que reestructuran sus relaciones con Dios y con su propia historia (Lucas). La idea de la liberación (Juan) y la metáfora de la purificación (Hebreos) interpretan la comunión de los creyentes con el Hijo exaltado como la apertura a la presencia perfecta y última con el Padre. El perdón acoge la posibilidad de un cambio de camino de la existencia (Lucas) y hace suyo el paso posible de un sistema de la retribución a un sistema del don (Mateo). Finalmente, la reconciliación deja entrever la doble realidad de una paz encontrada, en Cristo, entre la existencia y su Dios, pero también entre Dios y el mundo.

### 2.3.1. La salvación: Lucas y Juan

#### *La salvación en el Nuevo Testamento*

En el Nuevo Testamento, la designación de Dios, como en los LXX, o de Jesús resucitado mediante el título de Salvador es una aparición tardía y el intento de retomar un concepto que permite traducir el poder liberador del Evangelio en el lenguaje político y religioso del mundo helenístico y romano.

Cristo es el Salvador en el evangelio de Juan (Jn 4,42; cf. 1 Jn 4,14), en los dos libros de la obra lucana (Lc 2,11; Hch 5,31; 13,23), en las cartas pastorales (2 Tím 1,10; Tit 1,4; 2,13; 3,6) y en 2 Pe (1,1.11; 2,10; 3,2.18). Dios es el Salvador en Lc 1,47, en las cartas pastorales (1 Tim 1,1; 2,3; 4,10; Tit 1,3) y en Judas 25.

Aunque el título «Salvador» es raro y tardío en el Nuevo Testamento, no ocurre lo mismo con el verbo «salvar» y con el sustantivo «salvación», que pertenecen ya al vocabulario de los LXX, donde describen las acciones salvíficas de Dios.

– El verbo «salvar» es empleado 47 veces en los tres primeros evangelios, la mayor parte de las veces en los relatos de milagros de Jesús o para

interpretar el alcance salvífico de la venida de Jesús. Juan lo utiliza para designar el envío de Jesús como salvación del mundo y de todos los que creen en él (Jn 3,17; 5,34; 10,9; 12,47; cf. también 11,12) y los Hechos para dar razón de la salvación que se abre camino en la predicación misionera (Hch 2,21.40.47; 4,9.12; 11,14; 14,9; 15,1.11; 16,30-31; excepción: 27,30-31, donde se trata de ser salvado del naufragio). En las cartas paulinas, el ser humano es salvado ahora de la cólera de Dios al creer en Cristo (Rom 5,9-10; 8,24; 10,9.13; 11,14; 1 Cor 1,18.21; 9,22; 10,33; 15,2; 2 Cor 2,15; 1 Tes 2,16) y todos serán salvados, liberados de sus obras por el Juicio final (Rom 9,27; 11,26; 1 Cor 3,15; 5,5; 7,16.16). «Salvar» aparece incluso en Ef 2,5.8; 2 Tes 2,10; 1 Tim 1,15; 2,4.15; 4,16; Tit 3,5; Heb 5,7; 7,25; Sant 1,21; 2,14; 4,12; 5,15.20; 1 Pe 3,21; 4,18 y Judas 5.23.

– El sustantivo «salvación» no se encuentra nunca en los evangelios de Mateo y de Marcos, se encuentra una vez en el de Juan (Jn 4,22), pero frecuentemente en la obra lucana (Lc 1,69.71.77; 19,1; Hch 4,12; 7,25; 13,26.47; 16,17; 27,34), en las cartas paulinas con un sentido presente (Rom 1,16; 10,1.10; 11,11; 2 Cor 1,6.6; 6,2.2; 7,10; Flp 1,19.28; 2,12; 1 Tes 5,8.9) o futuro (Rom 13,11), en las cartas deuteropaulinas (Ef 1,13; 2 Tes 2,13; 2 Tim 2,10; 3,15), con un sentido presente en Heb 1,14; 2,3.10; 5,9; 6,9; 9,28; 11,7, con un sentido futuro en 1 Pe 1,5.9.10; 2,2; 2 Pe 3,15; Jds 3, y con un sentido presente en Ap 7,10; 12,10; 19,1.

*La salvación en el evangelio de Juan:  
la argumentación del Salvador, que lleva a «creer»*

En el evangelio de Juan, Jesús es el Revelador y el Salvador porque la encarnación de la palabra de Dios es la singularidad de la revelación de Dios en el mundo y es el «Salvador del mundo» (Jn 4,42, cf. 12,37) en la medida en que, por la estrategia de sus diálogos y de sus discursos de revelación, conduce a los hombres a la salvación «que viene de los judíos» (Jn 4,22).

– La declaración según la cual la salvación viene de los judíos prolonga inmediatamente la afirmación de Jn 1,11a: «La palabra vino a los suyos». Recuerda, por una parte, el carácter histórico de la encarnación de Dios y, por otra, en el momento en que Jesús acaba de abandonar el territorio judío por Samaría, que la encarnación es el acontecimiento de la revelación de Dios para el mundo entero.

– Este alcance universal es subrayado por la confesión de fe de Jn 4,42 que resulta del diálogo con la samaritana, del testimonio de ésta y de la presencia del mismo Jesús en su ciudad: Jesús es el «Salvador del mundo».

La salvación consiste en que *la palabra de Dios, que se ha hecho carne en un judío, ha venido al mundo*. La salvación es el nuevo nacimiento de lo

alto (Jn 3,3.5), que Juan llama la vida o la vida eterna. *El que cree en el Hijo único enviado al mundo tiene la vida eterna* y el reconocimiento de Jesús como «Salvador del mundo» nace de los diálogos y de los discursos en los que se reveló el Revelador y mediante los cuales *dio la posibilidad de la fe*.

El Salvador del mundo, para llevar a sus interlocutores –Nicodemo, la samaritana, los judíos, Pilato, María Magdalena o Tomás– al «creer», que da la vida, pone en práctica un cierto número de estrategias (Christophe Senft).

Una primera estrategia es *la ironía socrática*. La ironía es una utilización del lenguaje que intenta establecer una *distancia entre la apariencia y la realidad*.

– Se llama «ironía a lo Sófocles» a una forma de ironía que opera en el triángulo constituido por el autor, sus destinatarios y los personajes del drama. Desarrolla una connivencia que se presupone que existe entre el autor y sus destinatarios y la refuerza con las situaciones de incompreensión que se ponen en escena. El uso de este tipo de ironía es claramente perceptible, por ejemplo, en el rocambolesco conjunto de las discusiones que desencadena la curación del ciego de nacimiento (Jn 9,1-10,18).

– Se llama *socrática* a una forma de ironía entre dos personajes en la que uno se sirve del diálogo para demostrar la ignorancia del otro. Nicodemo (Jn 3,1-11), la samaritana (Jn 4,4.26) o Pilato (Jn 18,28-19,16) se encuentran con Jesús provisto de un saber que Jesús quiebra mediante un juego de preguntas o de palabras enigmáticas que les hace perder pie y les abre al encuentro.

En los dos casos, la ironía nace del choque entre *dos percepciones y dos niveles de comprensión* diferentes. En el evangelio de Juan, *opone la visión tridimensional que implica el acontecimiento extraterritorial de la paradoja de la encarnación a la bidimensionalidad de lo que «hay» en el mundo*. La función de la risa es la de tomar conciencia de *la distancia* que separa la palabra de Dios de la vida de las certezas que el mundo de los hombres puede tener por sí mismo.

El uso estratégico del *malentendido* es un motivo esencial de la ironía joánica (Jn 2,19-22; 3,3-5; 4,13-15; 4,31-34; 6,32-35; 7,33-36; 8,21-22; 8,31-36; 8,56-58; 11,15-16; 11,23-25; 12,28-29; 13,36-38; 14,4-6; 20,15-16). El motivo literario del malentendido permite revelar el malentendido fundamental que se crea necesariamente entre Jesús, por una parte, y, por otra, los discípulos, la multitud o los judíos. Jesús es objeto de malentendido porque sus palabras, que revelan la venida del Hijo de Dios celestial al mundo y que ofrecen el agua o el **pan de vida** como «nuevo nacimiento de lo alto», son captadas **en un espacio en dos dimensiones** y reducidas por sus oyentes a **proposiciones sobre lo que «hay»** en

el mundo. Por tanto, el malentendido joánico tiene la función de desvelar *la irreductibilidad del acontecimiento de la presencia de Dios en la persona histórica de Jesús de Nazaret a lo que conoce por otra parte la historia de los hombres.*

Una tercera forma literaria rodea las *afirmaciones predestinacionistas* de Jesús. Jesús constata que sus interlocutores no *pueden* creer o declara que sólo pueden creer aquellos que el Padre le ha dado. La estructura estereotipada de la argumentación, que se repite con variaciones en Jn 6,36-40; 6,41-46; 6,60-65; 8,21-30; 12,37-50, contiene los elementos siguientes:

1. Jesús se presenta como el Revelador o apela a la fe.
2. Sus oyentes rechazan sus pretensiones y rehúsan creer.
3. Por sus declaraciones predestinacionistas, Jesús explica el carácter necesario de su incredulidad: efectivamente no pueden creer porque la fe sólo puede ser un don de Dios y porque son el Hijo o el Espíritu los que ofrecen su posibilidad.
4. Nueva llamada de Jesús a creer o constatación del relato de que los oyentes han creído.

El carácter paradójico de la argumentación reside en el hecho de *que la constatación de la imposibilidad de creer hace posible el creer.* Ahora bien, la constatación de la imposibilidad de creer precisamente obra la posibilidad de creer en razón del *carácter paradójico de la fe, que sólo puede entenderse como regalo para poder acoger la gracia de la vida.*

Para el evangelio de Juan, la salvación consiste en el don de la vida que se promete en la fe: el que cree tiene la vida (Jn 5,19-30). Pero la salvación no pertenece al mundo ni a sus capacidades de comprensión: se transmite en la singularidad paradójica de un acontecimiento cuyo significado escapa a la percepción que la humanidad se hace de la realidad. De ello se deduce que la transmisión de la salvación implica una argumentación que *desmantela las certezas de la incredulidad, hace que aparezca la distancia* que separa el acontecimiento singular y divino del envío del Hijo de la necesaria incompreensión que el «mundo» tiene de él; *abre así el camino* a la fe como instante de la contemporaneidad con la revelación divina.

#### *La salvación en la obra lucana*

Para Lucas, Jesús no trae la salvación por su muerte y por su resurrección, como lo entienden Pablo y las tradiciones prepaúlitas citadas en 1 Cor 11,23-26 y 15,3-5. Su regreso al Padre, del cual Lucas imagina y describe, con vigorosos rasgos concretos, su desarrollo en sus dos relatos de la Ascensión (Lc 24, 50-53 y Hch 1,6-11), ya no tiene el significado hermenéutico que tiene la exaltación y la glorificación del Hijo en el evangelio

de Juan. Para Lucas, Jesús es el Salvador y trae la salvación con su *venida* (Lc 1,69.71.77; 2,11.30; 3,6).

Ahora bien, si es la *venida* de Jesús la que es decisiva, y no su pasión, su muerte y su resurrección, es porque su *venida* es *el cumplimiento de las promesas* (Lc 1,11-17.32-33.55.68-79; 4,16-21; Hch 2,22-36; 3,20-26; 13,32-41): en Jesús, Dios trae la «salvación» (Lc 1,69.71.77; Hch 4,12), es decir, en particular el perdón de los pecados (Lc 1,77), a su pueblo, al que había salvado del país de Egipto (Hch 7,25). El propio Pablo de Lucas presenta la predicación apostólica como la palabra de «salvación» enviada a los hijos de Abrahán, judíos y temerosos de Dios (Hch 13,26; cf. 16,17: el camino de salvación), y la apertura de la misión a los paganos es anunciada como la realización de las profecías veterotestamentarias (Is 49,6): «Te he puesto como luz de las naciones, para que llesves la salvación hasta los confines de la tierra» (Hch 13,47).

Así pues, vemos que el término «salvación» tiene para Lucas un sentido muy preciso: la *venida* de Jesús trae la «salvación» porque es el cumplimiento de las promesas del Antiguo Testamento y porque Dios (y el Espíritu) realiza, primero en su *predicación* y después en la predicación misionera de los apóstoles, el acto de liberación esperado por su pueblo.

Por tanto, ¿en qué consiste esta salvación?

En los Hechos, el tema de la predicación cristiana misionera es la resurrección de los muertos (Lc 2,34; 14,14; 20,27.33.35.36; Hch 4,2.33; 17,18.32; 23,6.8; 24,15.21). «Predicar la resurrección» es el equivalente de «anunciar el Evangelio» (Hch 4,2; 17,18; 24,15.21). Es interesante constatar que esta predicación no está fundamentada cristológicamente, sino que el «hecho» de que Dios haya resucitado al Justo que los judíos habían crucificado (Hch 1,22; 2,24.31.32; 3,15; 4,10; 13,34; 17,31; 26,23) sirve de «prueba» para la resurrección de los muertos (Hch 4,2; 17,31). Sin embargo, la promesa de la resurrección no es incondicional: supone la fe en Jesucristo y el bautismo en el nombre de Jesús, que son propios del tiempo apostólico, pero también la conversión y el arrepentimiento, que presupone el perdón de los pecados. Estos tres conceptos de la conversión, del arrepentimiento y del perdón de los pecados no son nuevos en los Hechos: ya están ligados y ocupan un lugar central en la predicación del Jesús lucano.

La predicación inaugural de Jesús en Nazaret (Lc 4,16-21) está centrada en la afirmación del cumplimiento de las profecías («hoy se ha cumplido el pasaje de la Escritura que acabáis de escuchar», Lc 4,21) y en el anuncio de la liberación, de la curación y del perdón, es decir, en los temas que dominan ya la proclamación de la «salvación» en el *Benedictus* (Lc 1,68-79). En efecto, el Espíritu Santo envió a Jesús

- para anunciar la buena nueva a los pobres
- para proclamar a los cautivos la liberación
- para anunciar la devolución de la vista a los ciegos
- para dar la libertad a los oprimidos
- y para proclamar un año de gracia del Señor (Lc 4,18, cita combinada de Is 61,1-2 y Sof 2,3).

En el evangelio de Lucas, el anuncio del perdón de los pecados no es sólo el anuncio de una buena nueva. Es también una llamada al cambio. En efecto, para Lucas, Jesús no vino para llamar a los pecadores, como dice el evangelio de Marcos (Mc 2,17), sino para llamar a los pecadores a *que se arrepientan* (Lc 5,32). Ahora bien, la *conversión* y el *arrepentimiento* constituyen la condición para el *perdón de los pecados*.

– La *conversión* (Lc 1,16.17; 17,4; 22,32; cf. 2,39; 8,55; 17,31; Hch 3,19; 9,35; 11,21; 14,15; 15,19.36; 16,18; 26,18.20; 28,27; cf. 9,40) es una vuelta hacia Dios. No está motivada por la proximidad del Reino, sino por la predicación del perdón de los pecados (Lc 4,18) y, en los Hechos, por la llamada al bautismo en el nombre de Jesús.

– El *arrepentimiento* (Lc 3,3.8; 5,32; 15,7; 24,47; Hch 5,31; 11,18; 13,24; 19,4; 20,21; 26,20; arrepentirse: Lc 10,13; 11,32; 13,3.5; 15.7.10; 16,30; 17,3.4; Hch 2,38; 3,19; 8,22; 17,30; 26,20) reside en la confesión de la condición de pecador. En efecto, todos han pecado. Los judíos tienen que arrepentirse, porque tienen la responsabilidad de la muerte de Jesús (Hch 2,36; 3,13-14; 4,10; 5,30; 7,52, etc.; cf. Lc 23,28-32 y 49), pero los paganos también, porque han vivido en la ignorancia (Hch 17,30) y porque han servido a otros dioses (Hch 14,11-15; 28,16), y los temerosos de Dios igualmente, porque deben creer en Jesús (Hch 13,16-41).

Lucas expone con detalle lo que significa el arrepentimiento en la historia de Zaqueo (Lc 19,1-10). Zaqueo, que intenta ver a Jesús (Lc 19,4) y le recibe con alegría (Lc 19,6), anuncia dos medidas concretas (Lc 19,8):

- Dará la mitad de sus bienes a los pobres.
- Dará cuatro veces más si ha engañado a alguien.

El cambio de comportamiento descrito por Lucas remite explícitamente al contenido lucano de la predicación y las llamadas a la conversión de Juan Bautista (Lc 3,7-14):

- el que tenga dos túnicas que comparta con el que no tiene
- el que tenga algo de comer que haga lo mismo
- que los recaudadores no exijan más de lo que está fijado



– que los soldados no molesten a nadie, no denuncien a nadie falsamente y se contenten con su paga.

Zaqueo se arrepintió y por eso Jesús puede declarar que «hoy ha llegado la salvación a esta casa» (Lc 19,9). Reconciliado con Dios y consigo mismo, tiene parte en el cumplimiento de las promesas simbolizado por la «convivialidad» de la comunidad reunida en torno o en el nombre de Jesús.

### 2.3.2. *Imágenes de la liberación y de la purificación: Juan y la carta a los Hebreos*

Con géneros literarios diferentes (el cuarto evangelio es un libro de revelación, mientras que la carta a los Hebreos es una serie de homilías editadas bajo forma epistolar, Heb 13,22-25) y empleando lenguajes que apenas parecen tener parentesco entre sí (Juan argumenta con ayuda del simbolismo de la partida y de la elevación, mientras que la carta a los Hebreos practica la exégesis alegórica de los textos de los LXX sobre la travesía del desierto, sobre Melquisedec y sobre la fiesta del gran perdón), el acontecimiento fundador es interpretado como el encuentro con el Salvador celestial, que ha venido a buscar a los suyos al mundo (Juan) o a la tierra habitada (Hebreos). El acontecimiento de la salvación consiste en participar en el destino del Hijo que, bajado del cielo, va a regresar a él para preparar un lugar a sus discípulos (Juan) o a guiar a él a los que creen y perseveran (Hebreos). En efecto, el Hijo es el Salvador en la medida en que abre el acceso al Padre celestial a los que creen en él (Juan) y le siguen siendo fieles (Heb 2,1-4; 3,12; 4,1; 4,14; 6,4.10-11; 10,23.32; 12,3.15).

#### *La liberación como camino hacia el Padre en el evangelio de Juan*

La revelación pública de Jesús (Jn 1,19-12,50) consiste en la proclamación de que es el Hijo de Dios enviado por el Padre y que ha bajado del cielo para salvar al mundo (Jn 12,47). La finalidad de la encarnación y de la actualización de la palabra del Salvador es que todos crean y tengan la vida eterna (Jn 3,14-16; 12,46-47; 20,31). En efecto, el ofrecimiento del Revelador es que cualquiera crea en la vida eterna (Jn 5,19-30; 6,36-58), que pase de la muerte a la vida (Jn 5,21-24) y que el Salvador le resucitará en el último día (Jn 6,39.40.50.54). La promesa hecha a los discípulos es que cualquiera que «coma su carne» y «beba su sangre» estará en él como él, el Salvador, estará en su discípulo (Jn 6,56).

El anuncio de la exaltación de Jesús por la voz celestial, la proclamación del juicio de este mundo (Jn 12,27-33) y la revelación del regreso del Hijo de Dios (Jn 13,1-21,25) introducen, sin embargo, otros tipos de representaciones. Cuando Jesús haya sido levantado hacia el Padre por la cruz (Jn 8,28) atraerá a todos los hombres hacia él (Jn 12,32). El significado

de esta promesa es objeto del comentario de los primeros discursos de despedida (Jn 13,31-14,31) en Jn 13,31-14,4 y 14,18-24, y después en 16,16-27, segundos discursos de despedida (Jn 15,1-17,26).

La promesa de Jn 12,32 hace de *la elevación del Hijo la condición necesaria para la liberación* de la humanidad.

La escena de Jn 12,27-33 presenta la versión joánica del episodio de Getsemaní (Mc 14,32-42). Juan ha modificado profundamente el relato de otros evangelios. Su tema no es la oración de Jesús, sino el anuncio oficial de su elevación por la voz celestial.

– El Jesús joánico comienza por rechazar la oración del Jesús sinóptico («pero, ¿qué es lo que puedo decir? ¿Padre, sálvame de lo que se me viene encima en esta hora? De ningún modo; porque he venido precisamente para aceptar esta hora», Jn 12,27).

– La oración del Jesús sinóptico es reemplazada por otra que anuncia el cumplimiento de la obra del Salvador («Padre, glorifica tu nombre», Jn 12,28a).

– La respuesta de la voz celestial confirma la auto-revelación del Salvador («Yo lo he glorificado y volveré a glorificarlo», Jn 12,28b).

– Jesús precisa la razón de ser de la declaración de la voz celestial; es una proclamación del cielo para el mundo.

– La muerte de Jesús es interpretada como juicio de este mundo (Jn 12,31a) y como la caída del príncipe de este mundo (Jn 12,31b; 16,11).

– La muerte de Jesús es anunciada como la elevación de Jesús en la cruz (Jn 12,33), como elevación junto al Padre y como la liberación de los «hombres» (Jn 12,32).

Jn 12,32 es el tercer anuncio de la elevación de Jesús, los tres anuncios de la partida (Jn 7,33-36; 8,21-22; 13,31-14,4) y de la elevación (Jn 3,14; 8,28; 12,32) reemplazan en el cuarto evangelio a los tres anuncios de la pasión, de la muerte y de la resurrección de los evangelios sinópticos (Mc 8,31-33; 9,30-32; 10,32-34).

1. *Jn 3,14-15* es el primer anuncio de la elevación del Hijo del hombre como consecuencia de su envío al mundo para comunicarle la vida eterna: «Lo mismo que Moisés levantó la serpiente de bronce en el desierto, el Hijo del hombre tiene que ser levantado en alto, para que todo el que crea en él tenga vida eterna».

2. *Jn 8,28* es el segundo anuncio de la elevación del Hijo del hombre como revelación de Dios: «Cuando levantéis en alto al Hijo del hombre, entonces reconoceréis que Yo soy (cf. Ex 3,16)».

3. *Jn 12,32* identifica por primera vez explícitamente la elevación del Hijo del hombre con la muerte de Jesús y proclama su significado salvífico: «Y yo, una vez que haya sido elevado sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí».

El sentido de esta promesa según la cual el Hijo elevado hacia el Padre atraerá todo hacia él es objeto de explicaciones y comentarios en los discursos de despedida.

*Jn 13,31-14,4* expone el tema: en poco tiempo Jesús va a ser elevado (*Jn 13,31-33*), de manera que prepara a los discípulos para el tiempo durante el cual van a vivir en el mundo sin él (*Jn 13,34-14,4*).

– *Jn 13,31-33*: la repetición del anuncio del regreso de Jesús hacia su Padre ofrece la interpretación del anuncio de su glorificación (*Jn 13,31-32*): Jesús va a marcharse a donde ni los judíos (*Jn 7,33-35*; *8,21-22*) ni los discípulos (*Jn 13,33*) pueden seguirle.

– *Jn 13,34-35*: la presencia carnal de Jesús es reemplazada por un nuevo mandamiento: lo mismo que / porque («como») Jesús ha amado a los discípulos, los discípulos deben amarse los unos a los otros (*Jn 13,34*). El amor mutuo es el signo, reconocible por el mundo, de la nueva comunidad (*Jn 13,35*).

– *Jn 13,36-38*: Pedro se equivoca sobre el sentido del anuncio del regreso hacia el Padre, igual que los judíos se habían confundido antes que él (*Jn 13,36a // 7,35*; *8,22*). Jesús lleva a cabo una distinción entre «ahora» y «más tarde»: según él, Pedro no puede seguirle ahora, le seguirá más tarde.

– *Jn 14,1-4*: Pedro podrá seguir a Jesús y estar con él (*Jn 14,3*) cuando Jesús haya vuelto al Padre para prepararle un lugar en las moradas de la casa del Padre y cuando regrese para llevar a los discípulos con él (*Jn 14,2*). Por eso, los discípulos no tienen que turbarse, sino tener confianza solamente en Dios y en Jesús (*Jn 14,1*).

Según *Jn 13,31-14,4*, *Jn 12,32* significa que Jesús deja a sus discípulos solos por el breve período que separa su muerte de las apariciones pascales (*Jn 20,19-29*) a fin de preparar su lugar en las moradas celestiales de la casa del Padre. El proyecto de Jesús es el de volver a ellos con su presencia (*Jn 20,22*) y con el don del Espíritu (*Jn 14,15-26*) para que puedan seguirle ellos mismos más tarde hacia el Padre, cuando les conduzca y les introduzca en la comunión celestial y perfecta de *Jn 16,16-27*. Por eso alienta a los discípulos a continuar creyendo y amándose los unos a los otros para permanecer en la comunión del Salvador.

*Jn 14,15-24* propone un primer desarrollo del tema y una primera relectura de *Jn 13,31-14,4*, dominada por la perspectiva de un *cumplimiento presente de los últimos días*. «Dentro de poco» (*Jn 14,19*) se refiere

a Jn 13,33 y la «morada» (Jn 14,23) a las «moradas» de Jn 14,2. La perspectiva del final de los tiempos, que era la de Jn 14,1-4, ha desaparecido del horizonte y el mensaje se concentra en torno a la condición de los discípulos en el mundo. El Salvador, que es elevado hacia el Padre, no deja solos a sus discípulos. *Su existencia presente en el mundo está dominada por la comunión asegurada por la presencia del Espíritu, del Hijo y del Padre.*

Las promesas del Revelador son de estructura trinitaria. El Espíritu actualiza la presencia y la palabra de Jesús y éste comunica el acceso al Padre. Los discípulos, que están aún en el mundo, reciben por esta razón la promesa del envío del Espíritu (Jn 14,15-17), de la presencia del Exaltado (Jn 14,18-20) y de la venida de Dios (Jn 14,21-24).

La primera promesa es la del *don del Espíritu* (Jn 14,15-17).

– Jesús formula en primer lugar sus condiciones: si los discípulos aman al Salvador, guardarán sus mandamientos (Jn 14,15).

– A continuación, la primera promesa: el Paráclito, el Espíritu de verdad será dado por el Padre a todo el que ame al Salvador y guarde sus mandamientos (Jn 14,16).

– Jesús define después el círculo de sus destinatarios: el Espíritu puede ser recibido por los discípulos que creen y entienden, pero no por el mundo (Jn 14,17), que no lo reconoció y no reconoce al Salvador. Tanto la forma literaria de los discursos de despedida como la restricción de la comunión del Espíritu, del Hijo y del Padre a cualquiera que ame al Hijo y guarde sus mandamientos presuponen el juicio que se ha pronunciado sobre el mundo. Todo el que cree en el enviado de Dios no es juzgado, mientras que aquel que no cree ya está juzgado (Jn 3,17-21; 5,19-30).

La segunda promesa es la de la aparición pascual del *Resucitado* (Jn 14,18-20).

– Jesús define en primer lugar el círculo de sus destinatarios: en poco tiempo, el mundo ya no verá más al Salvador, pero los discípulos le verán, pues él vive y ellos vivirán (Jn 14,18-19).

– A continuación, la segunda promesa: en aquel día, la unidad del Padre y del Hijo será revelada (Jn 14,20).

La tercera promesa es la de la venida del *Padre* (Jn 14,21-24).

– Jesús formula primero sus condiciones y repite aquellas a las que estaba vinculado el envío del Espíritu (Jn 14,15): el amor al Salvador y la observancia de sus mandamientos (Jn 14,21a).

– Sigue la tercera promesa: todo el que ame al Salvador será amado por el Padre (Jn 14,21b).

La pregunta del «otro Judas» introduce un resumen de la promesa (Jn 14,22-24).

– Jesús redefine el círculo de sus destinatarios: la promesa no se hace al mundo, porque el mundo no ha amado al Salvador (Jn 14,22).

– Sigue la promesa: el Padre amará a todo el que ame al Hijo, y el Padre y el Hijo vendrán a establecer en él su morada (Jn 14,23-24).

Según la relectura de Jn 14,15-24, la promesa de Jn 12,32 significa *que Jesús ha sido elevado hacia el Padre a fin de que el Jesús elevado y el Padre establezcan su morada en los discípulos* para que cualquiera en el mundo ame al Salvador y tenga parte en la comunión del Padre y del Hijo.

*Jn 16,16-28* propone un segundo desarrollo y una segunda relectura de Jn 13,31-14,4. Más exactamente, por la cita de «dentro de poco» (Jn 16,16.17.18.19.20 remiten a 14,19 y 13,33) y de «cuando llegue ese día» (Jn 16,23.26 remiten a 14,20), el discurso de Jn 16,16-27 se presenta como un segundo desarrollo de 13,31-14,4 y como una relectura de 14,15-24.

Sin embargo, el contenido de la promesa se ha desplazado en la medida en que el acento puesto en Jn 14,15-24 sobre la actualidad de la comunión con el Padre y el Hijo se encuentra reemplazado por la perspectiva clásica y futura de un *cumplimiento final al final de los tiempos*. El contenido de la promesa ya no se da por la comunión de los discípulos, que quedan en la tierra, con el Espíritu, el Hijo y el Padre, sino por el anuncio de una liberación final.

– La pregunta de los discípulos (Jn 16,17), que combina las dos declaraciones de Jesús «voy hacia el Padre» (Jn 16,5) y «dentro de poco dejaréis de verme; pero dentro de otro poco volveréis a verme» (Jn 16,16), muestra que el «dentro de poco» de Jn 16 ya no designa el lapso de tiempo entre la muerte y la resurrección de Jesús, como era el caso en Jn 14, sino el tiempo de la separación causada por el regreso definitivo del Exaltado hacia Dios (cf. Jn 16,28; 17,5; 20,17).

– Jn 14,19 anunciaba una visión terrena («me veréis») de la que el mundo será excluido por las puertas cerradas de Jn 20,19 («el mundo ya no me ve»), mientras que Jn 16,16 promete una contemplación cercana («me veréis») que precede al próximo final de la visión terrena («ya no me veréis»).

La proclamación de Jesús (*Jn 16,16*) y la pregunta de los discípulos (*Jn 16,17-19*), que buscan captar su significado, anuncian el regreso del tema de Jn 13,31-14,4 y 14,15-24:

1. Dentro de poco los discípulos ya no van a poder ver a Jesús («no me veréis»).

2. Dentro de poco, de nuevo, le contemplarán («me veréis»).

Jn 16,20-23a presenta la respuesta de Jesús y su comentario de la declaración de Jn 16,16:

1. Primero viene el tiempo de las lágrimas, que se transformará en alegría (Jn 16,20-22a).

2. Pero después, «en ese día», vendrá el tiempo nuevo en el que

– Jesús volverá a ver a sus discípulos («os veré de nuevo», y no a la inversa, Jn 16,22b),

– los discípulos se alegrarán eternamente (Jn 16,22cd)

– y ya no harán más preguntas a Jesús (Jn 16,23a).

Jn 16,23b-24 repite luego tanto las exhortaciones de Jn 14,13-14; 15,11 como las consecuencias que tienen que sacar para el tiempo aún presente de las promesas del cumplimiento final:

– El Padre dará a los discípulos lo que éstos le pidan (Jn 16,23b).

– Que pidan y recibirán (Jn 16,16.24bc).

– ¿Por qué deben orar al Padre? Porque Jesús ya no está con ellos (Jn 16,24a).

– ¿Qué deben pedir al Padre? El cumplimiento de su alegría, que les será dada cuando se reúnan con Jesús (Jn 16,24d // 16,22cd).

Finalmente, Jesús describe en Jn 16,25-27 *el tiempo del cumplimiento final y celestial de la promesa*:

– Hasta aquí, Jesús ha revelado al Padre con un lenguaje parabólico, pero ese día hablará abiertamente del Padre con sus discípulos (Jn 16,25).

– En aquel día, los discípulos tendrán acceso al Padre directamente y sin la mediación de Jesús (Jn 16,26). En efecto, el Padre ama a los discípulos porque los discípulos han amado al Salvador y han creído que él era el Enviado (Jn 16,27).

Según la relectura de Jn 16,16-27, la promesa de Jn 12,32 anuncia la liberación final en el final de los tiempos. La declaración según la cual el Jesús exaltado va a atraer a todo el mundo hacia sí significa que cualquiera que crea en él tendrá que atravesar primeramente un período de tribulación (Jn 15,18-16,4 advierte a los discípulos contra el odio del que van a ser objeto a su vez por parte del mundo), pero que «en ese día» formarán parte inmediatamente de la comunión perfecta con el Padre:

- Jesús le volverá a ver con todos los discípulos,

- estará en la alegría eterna con todos los discípulos
- y, con todos los discípulos, tendrá acceso directo al Padre celestial.

*La purificación como entrada en el santo de los santos celestial:  
la carta a los Hebreos*

El acceso al Padre celestial es igualmente el tema central de la carta a los Hebreos. Lo mismo que en el evangelio de Juan, se hace posible por el envío del Hijo y después por su elevación y su regreso en gloria. El acontecimiento fundador tuvo lugar con su entrada en el mundo habitado (Heb 1,6), al que vino a buscar a sus hermanos y hermanas de sangre y de carne (Heb 2,12.14), y con su muerte y elevación, a través de las cuales les libera guiándoles hacia el cielo y por las que les da, como en el evangelio de Juan, la libertad de palabra y la comunión perfecta con Dios (Heb 10,19-20).

El programa del escrito se expone en el prólogo (Heb 1,1-4). Proporciona una doble declaración sobre los presupuestos hermenéuticos y sobre la temática elegida por el autor:

1. La primera declaración da razón del encuentro del Hijo como el acontecimiento decisivo en el que se revela la realidad. En efecto, Dios habló en el pasado por boca de los profetas, pero ahora, en el período final, habla por su Hijo (Heb 1,1-2a). *Dos períodos se corresponden y se oponen.*

2. La segunda declaración presenta el itinerario del Hijo y el significado transformador de su venida para sus hermanos:

- el Hijo ha sido establecido como heredero de todo;
- todo ha sido creado por él;
- sostiene el universo con su palabra;
- ha sido exaltado después de haber llevado a la cabo la purificación de los pecados.

La metáfora cultural de la purificación de los pecados (Heb 1,4) es sustituida en Heb 3,1-4,13 por la del descanso en la tierra prometida (Heb 3,11.18; 4,1.3.3.4.5.8.10.10.11) y después por aquellas, con connotaciones sacrificiales y sacramentales, de la purificación de la conciencia (Heb 9,14), de los corazones limpios por la sangre de Jesús (Heb 12,24; cf. 9,13.19.21) de las manchas de una mala conciencia (Heb 10,22b) y del cuerpo lavado con agua pura (Heb 10,22c). Permite la introducción de una interpretación sacerdotal de la figura y de la obra de Jesús: Jesús es el sumo sacerdote (Heb 2,17; 3,1; 4,14.15; 5,1.5.10; 6,20; 7,26; 8,1.3; 9,11; cf. 7,27.28; 9,7.25; 10,11; 13,11) del orden de Melquisedec (Heb 7,1-28)

1. La muerte de Jesús (el mismo Pablo, probablemente, comenta: «La muerte de la cruz») y la exaltación son narradas como dos acontecimientos distintos. La muerte es considerada como el punto de llegada de la humillación y de la obediencia de Jesús, mientras que la elevación o exaltación es entendida como un acto divino.

2. La interpretación mediante la metáfora de la «elevación» es el equivalente de la de la «resurrección», que da razón del acontecimiento pascual en las otras fórmulas prepaúlitas (1 Cor 15,3b-5; Rom 4,25).

3. El mismo Pablo describe el acontecimiento pascual al escribir que «vio» al Señor, que «Jesús se apareció» o que se «dejó ver» (1 Cor 9,1; 15,5-8). Los dos conceptos de elevación («elevar») y de resurrección («levantar[se]» / «despertar[se]») son intentos de dar razón de manera racional y comprensible de la experiencia del encuentro pascual con Jesús.

4. El mensaje esencial del himno de Flp 2,6-11 es la declaración confesante según la cual el Señor del mundo es el Hijo que se humilló. Pablo radicaliza la fórmula precisando que el Señor del mundo es el Crucificado.

La interpretación del acontecimiento pascual con la ayuda de este esquema de humillación / exaltación sin duda forma parte de los presupuestos de la interpretación que el evangelio de Juan y la carta a los Hebreos hacen de la muerte y de la resurrección de Jesús.

Ahora bien, tanto en el evangelio de Juan como en la carta a los Hebreos es objeto de reestructuraciones dentro de dos sistemas de convicciones que vinculan la cruz y el acontecimiento pascual de tal manera que la misma muerte de Jesús se convierte en el instante de su regreso glorioso hacia el Padre.

*La elevación del Hijo (Jn 3,14-15; 8,28; 12,32),  
su regreso hacia el Padre (Jn 7,33-36; 8,21-22; 13,33-38)  
y su pasión en el evangelio de Juan*

En lugar de los tres anuncios sinópticos de los sufrimientos de Jesús, de su muerte y de su resurrección al tercer día (Mc 8,31-33; 9,30-32; 10,32-34), el Revelador del evangelio de Juan predice tres veces su exaltación (Jn 3,14-15; 8,28; 12,32) y tres veces su partida allí donde los judíos primero y los discípulos después no pueden ir ahora, es decir, su regreso hacia el Padre (Jn 7,33-36; 8,21-22; 13,33-38). De manera correspondiente, el evangelio de Juan no contiene, propiamente hablando, relato de la pasión de Jesús. En efecto, el relato de su arresto, su proceso, su crucifixión y su muerte es reelaborado narrativa y discursivamente de tal manera que cualquier elemento de sufrimiento y cualquier elemento de pasividad que hiciera de Jesús la víctima o el objeto de



un proceso de este mundo es suprimido de él. Para el evangelio de Juan, el camino hacia el Gólgota y hacia la muerte no es una humillación, sino la subida hacia el cielo del que el Hijo había bajado para que la palabra se hiciera carne. Asimismo, en su doble comparecencia ante el sumo sacerdote y ante Pilato y después en su agonía, Jesús sigue siendo el dueño de los acontecimientos. «El Padre me ama, porque yo doy mi vida para tomarla de nuevo. Nadie tiene poder para quitármela; soy yo quien la doy por mi propia voluntad. Yo tengo poder para darla y para recuperarla de nuevo. Ésta es la misión que debo cumplir por encargo de mi Padre» (Jn 10,17-18).

Como vemos, a diferencia de Flp 2,6-11, el evangelio de Juan no emplea la idea de *elevación* como una metáfora para interpretar el acontecimiento pascual, sino como un *símbolo* que da razón de la muerte de Jesús y del contenido de la proclamación de Pascua como de un único acontecimiento por el que el Hijo de Dios hace don de su vida y la vuelve a recuperar.

El primer anuncio de la elevación de Jesús (Jn 3,14-15) interpreta su muerte y la proclamación de su resurrección con ayuda de Nm 21,8-9:

Jn 3,14-15

(14) Lo mismo que Moisés levantó la serpiente de bronce en el desierto,	[así] el Hijo del hombre tiene que ser levantado en alto, (15) para que todo el que crea en él tenga vida eterna.
---	--

La colocación en paralelo de la muerte de Jesús y del acontecimiento pascual con el episodio de Nm 21,8-9 hace que se destaquen tanto las correspondencias como las diferencias.

– Las correspondencias residen en la imagen de la elevación y en su efecto salvífico.

– Las tres diferencias esenciales se encuentran en el sujeto impersonal de la elevación de Jesús, mientras que en Nm 21,8-9 Moisés es el sujeto, en el sentido simbólico de la elevación, ya que la elevación del Hijo del hombre en la cruz es al mismo tiempo su elevación hacia el Padre, y en el carácter trascendente de la vida eterna.

Como vemos, la elevación de la serpiente en el desierto es un signo dado al mundo que indica el sentido de la muerte de Jesús: la muerte de Jesús es su regreso hacia el Padre, y este regreso es la condición necesaria para el don de la vida eterna.

El segundo anuncio de la elevación (Jn 8,28) precisa la identidad del sujeto de la elevación de Jesús.

*Jn 8,28*

Cuando levantéis en alto al Hijo del hombre (= en la cruz)	Cuando levantéis en alto al Hijo del hombre (= al cielo), entonces reconoceréis que «Yo soy» (Ex 3,14).
--	---

El anuncio de la elevación juega con el doble sentido de «elevar» que ha sido introducido por Jn 3,14-15.

– El sujeto de la elevación son los judíos, ya que querrán su crucifixión.

– Pero el evangelio de Juan es doblemente irónico. Por una parte, no son los judíos los que van a crucificar a Jesús, sino que es el Hijo quien, por medio del proceso que ponen en práctica, hace don de su vida. En efecto, «el Padre me ama, porque yo doy la vida para tomarla de nuevo. Nadie tiene poder para quitármela; soy yo quien la doy por mi propia voluntad. Yo tengo poder para darla y para recuperarla de nuevo. Ésta es la misión que debo cumplir por encargo de mi Padre» (Jn 10,17-18). Por otra parte, la ironía joánica hace de los judíos y de sus jefes los testigos del Salvador (cf. Jn 11,49).

Lo que los judíos atestiguan al elevar a Jesús en la cruz es que Jesús es el acontecimiento paradójico de la revelación de Dios (Ex 3,14).

El tercer anuncio de la elevación (*Jn 12,21-32*) explicita el alcance salvífico de la muerte de Jesús y del acontecimiento pascual.

*Jn 12,31-32*

(31) Es ahora cuando el mundo va a ser juzgado; es ahora cuando el que tiraniza a este mundo va a ser arrojado fuera.	(32) Y yo, una vez que haya sido elevado sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí.
---	---

Con este tercer anuncio de la elevación se cumple lo que el primero (Jn 3,14-15) y su comentario (Jn 3,16-21) habían anunciado programáticamente.

– El Hijo del hombre (Jn 3,14; 8,28) es explícitamente identificado con Jesús.

– La elevación de Jesús es explícitamente identificada con su muerte (Jn 12,33).

– Pero es descrita igualmente como elevación «de la tierra», es decir, como el regreso del Enviado hacia el Padre.

– Su exaltación tiene como meta atraer hacia él a toda la humanidad, es decir, que cualquiera que crea en él tenga la vida eterna (Jn 3,15).

– El juicio del mundo tiene lugar en el momento en que la voz del cielo revela la exaltación de Jesús como la doble glorificación del Padre y del Hijo: Dios revela a Jesús y el Hijo revela a Dios como el Padre.

La interpretación de la muerte de Jesús y de la proclamación de Pascua como exaltación hacia el Padre tiene un triple significado soteriológico:

1. La exaltación es el acontecimiento mediante el cual el Hijo confiere la vida.

2. La exaltación da la vida porque revela a Jesús como el Hijo de Dios y el Salvador.

3. La exaltación es la revelación del Padre y del Hijo porque el Elevado que regresa hacia el Padre se manifiesta como aquel que ha sido la palabra hecha carne.

Los anuncios del *regreso de Jesús hacia el Padre* (Jn 7,33-36; 8,21-22; 13,33-38) tienen todos la misma forma argumentativa:

1. Jesús anuncia que se va allí donde sus interlocutores no pueden ir. El lector sabe y entiende que Aquel que ha enviado al Hijo (Jn 7,33) es el Padre y que Jesús intenta con ello su regreso hacia el Padre.

2. Los interlocutores de Jesús se preguntan sobre el sentido de la declaración de Jesús y ellos lo interpretan en el marco de su comprensión bidimensional, es decir, en el marco de representaciones de lo que hay en el mundo. Pertenece al procedimiento joánico de la ironía y del malentendido el hecho de que las explicaciones propuestas por los interlocutores de Jesús tengan un doble sentido y que hagan de ellos, sin que se den cuenta, los testigos del Salvador.

3. Los interlocutores vuelven a plantear la pregunta por el sentido de las palabras de Jesús y repiten su contenido.

#### *Jn 7,33-36*

(34) Me buscaréis, pero no me encontraréis, porque no podéis ir a donde yo estaré.	(35) Los judíos comentaban entre sí: ¿Adónde pensará ir este hombre, para que nosotros no seamos capaces de encontrarlo? ¿Tendrá el propósito de dirigirse donde viven los judíos dispersos entre los griegos para enseñar a éstos?	(36) ¿Qué habrá querido decir con estas palabras: Me buscaréis, pero no me encontraréis, porque no podéis ir a donde yo estaré?
--	---	---

La razón por la que los judíos no pueden comprender se ofrece en Jn 7,33: «Todavía estaré con vosotros un poco de tiempo, después volveré al

que me envió». Jesús es la revelación del acontecimiento del Padre, que lo ha enviado, mientras que los judíos forman parte de este mundo y, tratando de comprenderlo a partir de lo que «hay» en el mundo, no pueden entenderle.

Sin embargo, los judíos se convierten en los testigos involuntarios de la presencia paradójica de Dios en el mundo al profetizar lo que Jesús anuncia en Jn 12,20-26 (// 4,31-38): la misión universal.

*Jn 8,21-22*

(21b) Yo me voy. Me buscaréis, (21c) pero moriréis en vuestro pecado. (21d) Vosotros no podéis venir a donde yo voy.	(22a) Los judíos comentaban entre sí: ¿Pensará suicidarse.	(22b) y por eso dice: Vosotros no podéis venir a donde yo voy?
---	--	--

La razón por la que los judíos no pueden entender es ofrecida por Jesús:

- Los judíos son de abajo, mientras que Jesús es de arriba (Jn 8,23a).
- Los judíos son de este mundo, mientras que Jesús no es de este mundo (Jn 8,23b).
- Los judíos van a morir en su pecado, es decir, en su incredulidad y en la oscuridad de lo que «hay» en el mundo, si no creen que Jesús es el acontecimiento singular de la presencia de Dios (Jn 8,21c; 8,24b.24d).

Sin embargo, los judíos son testigos involuntarios al profetizar lo que Jesús va a revelar en Jn 10,17-18, a saber, que es el Hijo en tanto que hace libremente don de su vida.

*Jn 13,33-38*

(33) Hijos míos, ya no estaré con vosotros por mucho tiempo. Me buscaréis, pero os digo lo mismo que ya dije a los judíos: «A donde yo voy, vosotros no podéis venir».	(36) Simón Pedro le preguntó: Señor, ¿adónde vas? Jesús le contestó: A donde yo voy, tú no puedes seguirme ahora; algún día lo harás. (37) Pedro insistió: Señor, ¿por qué no puedo seguirte ahora? Estoy dispuesto a dar mi vida por ti.
--	--

La ironía se ha desplazado: mientras que los judíos se habían convertido en profetas y predecían lo que el mismo Jesús iba a revelar en Jn 10,17-18 y 12,20-26, Pedro confunde los papeles. No es él quien va a dar su vida por Jesús, sino al contrario: Jesús regresa hacia el Padre para la salvación de los discípulos (Jn 14,1-4).

Sin embargo, el malentendido es el mismo. Pedro comprendió el anuncio de la marcha de Jesús de manera bidimensional, y el «todavía no» revela el carácter trascendente del don que Jesús hace de su vida.

Así pues, como vemos, los malentendidos que desencadenan los anuncios del regreso de Jesús hacia su Padre exponen el verdadero significado de la muerte de Jesús:

– Jn 7,33-36: como presencia del acontecimiento de Dios hecho carne, el propio Jesús hace libremente don de su vida.

– Jn 8,21-22: da su vida por el mundo, es decir, por la humanidad entera: «Para que cualquiera que crea...» (Jn 3,15.16).

– Jn 13,33-38: el don que Jesús hace de su vida, es decir, el regreso hacia el Padre, donde Jesús va a preparar para sus discípulos un lugar en las numerosas moradas de la casa del Padre (Jn 14,1-4), es la condición de la vida eterna en la presencia de Dios.

Desde ese momento, apenas sorprende que la historia de la pasión se presente en el evangelio de Juan como la manifestación de la autoridad y la libertad del Hijo bajado del cielo (*Jn 18,1-19,42*). El motivo de la muerte de Jesús no es ni el mundo, aunque no haya acogido al Salvador, ni los judíos, sino el propio Hijo. Nadie le quita la vida: él mismo da su vida (Jn 10,17-18.39). Por eso la escena de la revelación solemne y pública de Jn 12,27-33 reemplaza a la de Getsemaní y por eso la pasión se convierte en el camino glorioso del Hijo de Dios celestial que cumple y remata su obra.

El relato del *arresto de Jesús* (Jn 18,1-11) fue transfigurado en una epifanía del Salvador. La revelación del que dice «Yo soy» (Jn 18,5.6.8) manifiesta su autoridad de la manera más indiscutible. Es, como en Jn 8,28, una actualización de la teofanía de Ex 3,14.

La composición dramática del *diálogo con Pilato* (Jn 18,28-19,16) está construida con siete cortas escenas a lo largo de las cuales Pilato debate alternativamente fuera con los judíos (Jn 18,29-32; 18,38b-40; 19,4-8; 19,13-16) y en el pretorio con Jesús (Jn 18,33-38a; 19,1-3; 19,9-12).

– En *Jn 18,33-38a*, la forma irónica del primer diálogo entre Jesús y Pilato es paralela a la de los diálogos con Nicodemo (Jn 3,1-21) y con la samaritana (Jn 4,1-30). Pilato piensa de manera bidimensional y, en estas condiciones, no puede comprender el discurso de revelación del Salvador. Como no capta lo que significa la afirmación de que el Reino de Jesús no es de este mundo, no puede decidir si Jesús es rey o no ni ver lo que es la verdad.

– El segundo diálogo (*Jn 19,9-12*) define las relaciones de autoridad entre Jesús, Pilato y los judíos. Por un lado, la autoridad de Pilato y la de Jesús

pertenecen a dos mundos diferentes. Por otro, Pilato no tendría ninguna autoridad si no le hubiera sido dada de lo alto. Es decir, que su autoridad no es autónoma, sino que está sometida al Padre. De ello se deduce, por una parte, que Pilato no puede ser la figura que conduce el proceso: es Jesús quien tiene el poder de dar su vida (Jn 10,18). Por otra, se sigue que su pecado, por esta razón, es más pequeño que el de los judíos, que no han creído.

– El resultado del tercer diálogo (Jn 19,13-16) se encuentra finalmente en el relato irónico de la acción simbólica de Pilato, que instala a Jesús como juez (Jn 19,13).

El relato de *la crucifixión y la muerte de Jesús* (Jn 19,16b-38) es el acontecimiento liberador del que la Pascua era, en la historia de lo que «hay» en la historia del mundo, el signo (Jn 19,31-38; cf. 1,29), porque es la entronización real del Salvador (Jn 19,17-22), el cumplimiento de su obra (Jn 19,28-30), la fundación de la comunión de los creyentes como nueva familia del Padre y del Hijo (Jn 19,25-27), la anticipación del don del Espíritu (Jn 19,30) y la institución simbólica de los sacramentos como símbolos de la presencia de la palabra del Revelador (Jn 19,31-38 // 6,48-58) y del agua de vida (Jn 19,31-38 // 7,37-39).

Como vemos, el arresto, el proceso y la muerte de Jesús constituyen su exaltación, que da la vida eterna en la medida en que Jesús se manifiesta en ellos como la presencia del acontecimiento de Dios y de la verdad que, no siendo de este mundo, salva al mundo.

*El sacrificio único y perfecto del sumo sacerdote  
según el orden de Melquisedec:  
la carta a los Hebreos*

La carta a los Hebreos une también la interpretación de la muerte de Jesús y del acontecimiento pascual en un solo acto, que es el del sacrificio único y perfecto ofrecido por Jesús, el sumo sacerdote celestial del orden de Melquisedec, que ha atravesado el templo perfecto, que no está hecho por manos humanas, para borrar los pecados de muchos (Heb 8,1-10,18).

El empleo de categorías pertenecientes al lenguaje sacrificial es explícitamente gráfico. En efecto, las prescripciones culturales de la ley veterotestamentaria y su observancia no son más que la sombra y la parábola del acontecimiento de la salvación por la que Jesús, el Hijo superior a los ángeles, ha hecho don de su vida para conducirnos al descanso de la tierra prometida y a la presencia del Padre. Es importante señalar aquí el carácter esencialmente no sacrificial de la interpretación de la muerte y de la elevación de Jesús en la carta a los Hebreos. En primer lugar, no son los sacrificios que Dios pide (Heb 10,5-8). Después, la comparación contrastada entre la primera alianza y la nueva evita mencionar la sangre de Jesús paralelamente a